

De Mayo a Mayo (1969-1973). Surgimiento y proyección de las guerrillas en la Argentina

POR MARTÍN LEONARDO CABRERA (*)

Sumario: I. El origen: el Córdobazo. II. Consecuencias: Radicalización de la protesta y "peronización de la izquierda". III. Corrientes marxistas. Surgimiento de organizaciones armadas. IV. Montoneros: el peronismo revolucionario que apuesta a la lucha armada. V. Conclusiones. VI. Bibliografía.

Resumen:

El propósito del presente trabajo es exponer el origen de las organizaciones armadas o guerrilleras en la Argentina, limitándose al período comprendido entre mayo de 1969 (Córdobazo) y mayo de 1973 (asunción de Héctor Cámpora) pero también señalando algunos antecedentes y la proyección de la misma.

En el marco del programa de la asignatura donde el firmante da clases, el objetivo es resaltar los hechos más importantes del fenómeno denominado "Los contestatarios", y las tendencias ideológicas más significativas de ese movimiento que algunos llaman Nueva Izquierda, y del cual formaron parte las organizaciones armadas, centrándose el análisis en el caso particular de la Argentina.

Al final, en el capítulo "Conclusiones", se señalan las ambigüedades e insuficiencias programáticas, que junto a otros factores llevaron a la derrota militar de estas organizaciones.

Palabras claves: Guerrilla, Lucha armada, Montoneros, ERP.

The purpose of this paper is to explain the origin of the guerrilla organizations in Argentina, limited to the period from May 1969 (Córdobazo) to May 1973 (rise Campora) but also pointing out some background and the projection of the same.

As part of the course which the signer teaches, the aim is to highlight the most important facts of the phenomenon called "Los contestatarios" and the most significant ideological tendencies of the movement, that some call New Left, and which the armed organizations formed part of, focusing the analysis in the particular case of Argentina.

Finally, in the chapter "Conclusions", the programatic inadequacies and ambiguities are pointed out, which along with other factors led to the military defeat of these organizations

Keywords: Warfare, Insurgency, Montoneros, ERP.

I. El origen: el Córdobazo

Por razones de espacio, es imposible dar cuenta acabadamente de ese fenómeno tan complejo como fue la rebelión acaecida en la ciudad de Córdoba a finales de mayo de 1969 y conocida popularmente como el "Córdobazo". Pero podemos decir que está insurrección obrera y estudiantil tuvo dos efectos, a saber: por un lado, fue una de las principales causas para el relevo de Onganía por parte de los mandos militares. Por el otro implicó para los sectores de la izquierda combativa y/o revolucionaria argentina la creación de un mito histórico similar a la Comuna de París o el Mayo del '68 en Francia. Así es que:

(*) Profesor Regular Adjunto a cargo de la Comisión en Teoría del Estado y en Derecho de la Integración, Facultad de Derecho (UBA). Profesor Ordinario Adjunto de Derecho Político Cátedra I y Profesor Interino Adjunto de Introducción a la Sociología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; UNLP.

“Para la izquierda maoísta del Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista, fue la prueba del poder latente de las masas y de la eficacia de la huelga general revolucionaria y la insurrección popular como el camino más seguro hacia el socialismo. Para los marxistas-leninistas, por su lado, confirmó la necesidad de construir un partido revolucionario que diera a la clase obrera la disciplina institucional y organizativa requerida para impedir la disipación de sus esfuerzos. Para los neotrotskistas y guevaristas del Partido Revolucionario de los Trabajadores y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), apuntó a la necesidad de diseñar una estrategia militar paralela, un ejército revolucionario, para enfrentarse a los poderes represivos del Estado en futuras confrontaciones. Para la izquierda peronista, se trató de una reivindicación de la esencia revolucionaria del peronismo y del temple innato de la clase obrera peronista, que sólo necesitaba el retorno de su líder histórico para luchar por el alejamiento de los elementos corruptos y traidores del movimiento y restaurar su promesa revolucionaria original” (Brennan, James. 1994, p. 208).

Estos análisis políticos van a influir directamente en el movimiento obrero cordobés produciendo realineamientos en virtud de posiciones ideológico-partidarias:

“Luego del Córdoba, la ideología se convirtió en una gran fuerza dentro de la política obrera local(...) muchos trabajadores demostraron interés en las nociones de revolución, lucha de clases y socialismo, exhibiendo una nueva sofisticación política que había estado ausente unos pocos meses antes”(Brennan, James. 1994, ps. 212 y 213).

Este clima de radicalidad ideológica facilitó la aparición de un sindicalismo “clasista” que proveniente de sindicatos de empresas automotrices como SITRAC y SITRAM va a desarrollar una plataforma de lucha no comprometida con las opciones reformistas o electoralistas. A tal efecto su principal consigna sería: *“ni golpe ni elección: revolución”*.

Se producirían diversas confluencias políticas: por ejemplo dirigentes peronistas como Atilio López, perteneciente al gremio del transporte UTA, desde su posicionamiento de izquierda peronista va a coordinar esfuerzos con un sindicalista de izquierda independiente como Agustín Tosco.

E independientemente de los posicionamientos ideológicos, todos los actores estuvieron de acuerdo en que el episodio revelaba que la clase obrera tenía la capacidad de actuar como un protagonista político independiente.

El establishment percibió a los hechos de Córdoba como un nuevo desafío o amenaza.

Otro efecto totalmente inesperado fue el cambio de enemigo por parte de las Fuerzas Armadas. Si hasta mediados de la década del '60 la gran pregunta de la corporación militar era que hacer con Perón y su movimiento, ahora la preocupación era el auge creciente de la izquierda revolucionaria. Y el líder exiliado en Madrid se transformará en la última esperanza para contener -por la vía de una salida electoral concertada- a esta insurgencia anti-sistema. (Conforme Amaral Samuel y Plotkin Mariano. 1993. Pág. 296).

II. Consecuencias: Radicalización de la protesta y “peronización de la izquierda”

Como ya se dijo, el *Córdoba* fue una de las principales causas para que, un año después, Onganía fuese destituido por la Junta Militar.

A partir de ese momento los mandos militares empiezan a aceptar la inevitable salida electoral. Luego del breve interregno de Levingston, asumirá Lanusse quien estaba dispuesto a ir a elecciones pero a cambio de un acuerdo con las fuerzas civiles para condicionar la salida militar. Este acuerdo tomaría el nombre de “GAN” (*Gran Acuerdo Nacional*).

Este período previo al lanzamiento del GAN, suele ser presentado como una *“crisis orgánica”* (Portantiero, Juan Carlos. 1996, p. 341).

Los sectores que participaron de la protesta social viraron de la mera reivindicación reformista a propuestas de carácter revolucionario:

La peronización de los sectores medios venía de la mano de la crisis de representatividad de los partidos y de la izquierda tradicional. Partiendo de la base que la edificación del socialismo requería del sujeto histórico protagonista – el proletariado- y que en la Argentina los trabajadores eran peronistas, para ciertos sectores era inevitable concluir que el peronismo debía ser considerado como una fuerza con potencialidad revolucionaria. Pues:

“el proletariado contenía esa virtud ejemplar que garantizaba de paso la transparencia absoluta entre el deseo y su satisfacción” (Terán, Oscar. 1991, p. 142).

O en palabras de Gillespie:

“Para muchos el peronismo era meramente una alternativa popular; sin embargo, decenas de millares de ciudadanos tomaron la retórica radical al pie de la letra y se unieron al peronismo por considerarlo una alternativa auténticamente revolucionaria. Su ingenuidad, su buena disposición a aceptar los mitos del movimiento, no eran solamente una cuestión de romanticismo juvenil, sino la necesidad de muchas personas de antecedentes liberales o reaccionarios de probarse a sí mismas como peronistas” (Gillespie, Richard. 1988, p. 98).

También la tendencia latinoamericana de seguir a liderazgos personales más que a propuestas programáticas, puede haber influido en este apoyo masivo a un líder carismático.

Aquellos sectores que veían al peronismo como una fuerza revolucionaria pero que no querían adoptar la lucha armada como vía de acceso al poder, canalizaron sus esfuerzos a través del llamado “Peronismo de Base” (PB), entre otros bajo la dirección de Raymundo Ongaro.

El año 1972 marca la creación de la *Juventud Peronista (Regionales)* bajo la conducción de Rodolfo Galimberti y con el apoyo de Cámpora y Perón. La *JP Regionales* va a estar dominada por Montoneros y se constituirá en el núcleo de referencia de la izquierda peronista.

La importancia de las organizaciones estudiantiles universitarias revela un sesgo generacional: la mayoritaria presencia de jóvenes en los movimientos de “nueva izquierda”. Al decir de Beatriz Sarlo los años setenta son “juvenilistas” esto se ve reflejado en hechos tales como el estudiante Fidel Castro en el cuartel de Moncada, y en el Mayo Francés. (Conforme Sarlo, Beatriz. 1997. Pág. 17)

Había elementos comunes, de una cultura de la rebelión que flotaba en el aire:

“En mayo de 1968, también creí que los estudiantes franceses ensayaban un acto insurreccional que sólo se cumpliría definitivamente en América. Ellos habían tomado la delantera, pero de este lado del Atlántico se preparaba la verdadera, definitiva, lucha revolucionaria” (Sarlo, Beatriz. 15 de abril 1998. Suplemento Cultura. La Nación. Sin número de página).

III. Corrientes marxistas. Surgimiento de organizaciones armadas

La aparición de las organizaciones armadas será a finales de los años '60. Bajo este rótulo podemos sucintamente enumerar: del socialismo surgieron el Partido Socialista de Vanguardia y Vanguardia Comunista. Del primero se produciría una escisión llamada ELN (Ejército de Liberación nacional) destinado a sumarse a los esfuerzos del Che en Bolivia. Las FAR (en su orígenes, marxista) estuvieron bajo la dirección de Roberto Quieto antes de confluir en Montoneros (1973). Del Partido Comunista se desprendería el Partido Comunista Revolucionario, guevarista primero y luego maoísta.

Del PC y del PCR se separaron grupos que formarían la “Fuerzas Armadas de Liberación” (FAL).

El PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) va a aparecer antes que Montoneros, y puede decirse que es la primera gran organización guerrillera. De esta organización surgirá como brazo armado el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

Su origen se remonta a principios de la década del '60 cuando dentro de la organización trotskista “Palabra Obrera” surge una tendencia a favor de la lucha armada. Esta facción no pudo concretar sus planes en forma inmediata a raíz de la explosión accidental de su arsenal. Posteriormente se produce

la fusión con otro grupo político proveniente de Santiago del Estero llamado FRIP (*Frente Revolucionario Indoamericano Popular*) que estaba conducido por Mario Roberto Santucho. La nueva organización resultante llamada PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) también va a sufrir una división en el año 1968, una rama pasará a ser PRT “*La Verdad*” bajo la dirección de Nahuel Moreno, y la otra se llamará PRT “*El combatiente*” bajo la dirección de Mario Santucho. Organización ésta última que tenderá a ir abandonando el trotskismo para inclinarse a favor del guevarismo y la lucha armada. Las primeras operaciones armadas fueron en el año 1969, y un año después se forma el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) como brazo armado del partido.

El 20 de septiembre de 1970 el ERP da su primer comunicado oficial y ofrece su análisis de la situación política nacional. Habla de un naciente proceso de guerra revolucionaria en lucha contra la opresión ejercida por una dictadura al servicio del imperialismo yanqui y del capital argentino. Luego de reivindicar las luchas populares por la independencia del siglo XIX, señala que las mismas están vigentes. El objetivo de sus acciones es “*el despertar la conciencia popular, mostrar a todos los patriotas el camino revolucionario*”. Luego hacen algunas precisiones programáticas: en lo político; “*establecimiento de un sistema de gobierno de Democracia Social, Gobierno Revolucionario del Pueblo, dirigido por la clase obrera*” con “*Plena participación en el poder de todo el pueblo, a través de sus organismos de masas*” En el plano económico las propuestas no se diferencian mucho de lo que las organizaciones del nacionalismo popular revolucionario sostuvieran, a saber: reforma agraria, nacionalizaciones de la banca y sectores claves de la economía, ruptura con el FMI, etc.

Entre los hechos más importantes a ser protagonizados por el ERP se encuentran el secuestro del cónsul honorario británico y director de la planta frigorífica Swift (lo cual llevó al pago de un rescate de 50.000 dólares que fue distribuido como ropa y alimentos en los barrios pobres) y el secuestro del director general de la planta automotriz Fiat- Concord quien fue muerto por la guerrilla al intentar huir cuando arribaba una patrulla policial.

La aparición de organizaciones armadas estaba relacionada con el pensamiento político a nivel global de ciertos sectores de la izquierda. El libro de Regis Debray *La guerra de guerrillas* va a ser una poderosa influencia en estas corrientes. En él mismo se sostenía que las fuerzas populares podían ganar una guerra contra el ejército; no era necesario que estuvieran dadas todas las condiciones para la toma del poder, pues el foco guerrillero podía crearlas, y en el caso de América Latina el mundo rural debía ser el escenario de la lucha.

En el caso particular de la Argentina esta lucha armada revolucionaria podía tomar diferentes formas:

“La nueva izquierda podía imaginar su participación en este fabuloso movimiento ya fuere mediante la ampliación de algunos aún reducidos fenómenos locales provenientes de la resistencia peronista - como la aparición del grupo Uturunco en diciembre de 1958-, o bien de una mezcla de ésta y el legado cubano (y es el modelo que tratará de plasmar John William Cooke a su retorno de Cuba en diciembre de 1963, pretendiendo oficiar de puente entre el peronismo radicalizado y el nuevo modelo caribeño) o por fin adoptando directamente la influencia castrista” (Terán, Oscar. 1991, p. 135).

Quedaba un escollo para aquellos grupos provenientes de la tradición marxista: la ideas de etapas o modos de producción que debían sucederse históricamente para llegar a la sociedad sin clases. Desde este punto de vista los países subdesarrollados del Tercer Mundo primero debían superar la etapa feudal o semi feudal en la que se encontraban inmersos para ir a una etapa capitalista (con la consiguiente clase burguesa dominante y su democracia) y luego, una vez desarrollada al máximo esta etapa y con las contradicciones sobrevinientes, sí se estaría en condiciones de hablar de socialismo. Ahora bien: para evitar esa espera y para poner manos a la obra en la lucha revolucionaria por el socialismo no sólo ayudaban las tesis de Lenin respecto a saltar la etapa capitalista - y su democracia burguesa- y pasar directamente del feudalismo (o precapitalismo) al socialismo; sino también las tesis guevaristas acerca de la lucha armada como productora de las condiciones revolucionarias, y las Teorías de la Dependencia donde se señalara como contradicción principal la lucha centro-periferia

o imperialismo vs. antiimperialismo. Todo esto favoreció un enfoque *inmediatista* en la búsqueda del poder. De allí que:

“El antiatapismo formó de tal modo sistema con el dependentismo, y ambos se hermanaron teóricamente con el voluntarismo que Ernesto Guevara había defendido en su célebre polémica con Bettelheim” (Terán, Oscar. 1991, p. 141).

A través de esta operación intelectual quedaba clausurada toda salida reformista o esquema gradualista. O dicho de otra manera: *“el esqueleto de la Argentina ha quedado al descubierto: definitivamente no quedan salidas burguesas para la situación nacional”* (Viñas, Ismael. 1963, p. 22).

Esta marca generacional determina ese sentimiento de *“inminencia”* es decir: se aproximan cambios drásticos y radicales y quienes mejor están en condiciones de llevarlos a cabo son esos jóvenes, sin pasado, sin ataduras, sin compromisos, en ningún contubernio. Esto tiene como trasfondo un paradigma radical de cambio político y social. Así es que:

“En el curso de muy pocos años, esta gente pasa de la facultad o del barrio a dirigir milicias, un diario o una oficina de prensa. Entrenado en el reparto de cadenasos en Filosofía y Letras, Galimberti se convierte en tapa de revista como el elegido de Perón. Poquísimos años después de dejar las aulas del Nacional de Buenos Aires, Firmenich lo juzga a Aramburu en un aguantadero rural, de par a par. El Mayo francés, frente a este despliegue de materialidad política, queda reducido a una rebelión simbólica” (Sarlo, Beatriz. 1997, p. 17).

IV. Montoneros: el peronismo revolucionario que apuesta a la lucha armada

Para hablar de Montoneros, antes habría que remontarse a las primeras experiencias del llamado peronismo revolucionario en los primeros años de la década del '60.

Entre los primeros antecedentes del llamado peronismo revolucionario, se destaca la creación de la organización *Movimiento Revolucionario Peronista* encabezado por Gustavo Rearte (1964). En su programa se define al peronismo como: *“movimiento revolucionario que entronca con todas las grandes revoluciones de la humanidad”* y se expresa que *“El gobierno popular peronista, dirigido por el General Perón, inició el proceso revolucionario de liberación nacional”* (Programa del Movimiento Revolucionario Peronista. 5 de agosto de 1964. Reproducido por Altamirano, Carlos. 2001, p. 427). En este documento se precisaban tópicos que luego iban a ser reproducidos por todas las agrupaciones del llamado peronismo revolucionario o izquierda peronista, a saber: la traición de la burocracia sindical (*“burocracia conciliadora”*), y la clase trabajadora como base esencial del peronismo y único sujeto capaz de liderar el proceso revolucionario. Se debía barrer al liderazgo burgués y reformista que frenaba al movimiento, haciéndolo proclive a falsas salidas electoralistas. Otra de sus propuestas era la expulsión del imperialismo, y la supresión de la oligarquía y de todas las *“clases sociales parasitarias que sirven a los intereses del gran capital financiero internacional”* (Programa del Movimiento Revolucionario Peronista. Reproducido por Altamirano, Carlos. 2001, p.s. 428 y 429).

En la misma línea de condena a la *“burocracia peronista”* podemos encontrar a John William Cook quien en 1967 va a manifestar que la misma consiste en *“una capa dirigente que actúa con los mismos valores del enemigo”* (Cooke, John William. *Peronismo y lucha de clases*. Buenos Aires 1967. Reproducido por Altamirano, Carlos. 2001, p. 432).

Richard Gillespie expresa su perplejidad al comprobar que los antecedentes ideológicos de los principales protagonistas de Montoneros indicaban que habían iniciado su militancia en la tradicional y conservadora Acción Católica, e incluso algunos pertenecieron a la organización Tacuara (está última con cierta semejanza con la Falange española). En función de estos antecedentes su origen se debería más a la evolución del nacionalismo y catolicismo argentino, que al pensamiento guevarista que después se incorporaría. (Gillespie, Richard. 1988, p. 75)

De este nacionalismo católico Montoneros heredaría valores tales como valentía, sacrificio, violencia y lucha. Todo esto desde una óptica redentora en favor de un pueblo explotado por una oligarquía apátrida.

Si vamos a la historia se verá que a principios de la década del '60 Tacuara sufriría una escisión, apareciendo el "*Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara*" (MNRT) el cual pretendía abrirse al peronismo, reconociéndole a esa fuerza política un carácter "nacional". El objetivo de esta nueva organización era lograr una base popular para la concreción de sus proyectos de tipo nacional- sindicalista- falangista. Así es que

"el Estado nacional Sindicalista, que reemplazará el régimen liberal y los partidos políticos, y que será un auténtico Estado vertebrado en los sindicatos" (Tacuara juega a la milicia revolucionaria. Revista Che, nº 15. 2 de junio de 1961, p. 10. Reproducido por Gilliespe, Richard. 1988, p. 76)

La diferencia central con la Tacuara original es que esta nueva organización era secular e identificaba al nacionalismo con una postura pro-obrera (y por ende pro-peronista). Pero aún en este MNRT que carecía del carácter reaccionario y ultraconfesional del original, existía una polémica entre lo que se podría llamar derecha e izquierda. En efecto una facción dirigida brevemente por Alberto Ezcurra era contraria al marxismo, mientras que la otra dirigida por José Luis Nell aceptaba al mismo como método de análisis, abriendo así la puerta para la confluencia del socialismo revolucionario con el nacionalismo popular. A partir de allí estos sectores iban a entender que no era posible la liberación nacional sin revolución social. Y para esto era necesario el apoyo de la clase obrera, como sujeto principal en la construcción y toma del poder revolucionario.

Esta organización iba a protagonizar lo que los historiadores consideran la primera acción guerrillera de importancia: el asalto al Policlínico Bancario (año 1963).

Del MNRT surgirían los cuadros políticos que luego intervendrían en otras organizaciones tales como las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas -continuada principal del MNRT), Montoneros e incluso el caso del ERP en la figura de Joe Baxter.

Acción directa y nacionalismo fueron las variables constantes en la evolución política de los Montoneros provenientes de organizaciones de derecha.

Como se ha señalado anteriormente el catolicismo jugó un papel importante en el proceso de radicalización ideológica de la juventud, y esto se dio con particular fuerza en la organización Montoneros. De un catolicismo conservador se pasó, de la mano de propagadores como el padre Carlos Mújica y el ideólogo Juan García Elorrio, de la publicación *Cristianismo y revolución*, a la adhesión a la Teología de la Liberación y la reivindicación de Camilo Torres como el hombre de fe que se compromete en la lucha revolucionaria. En el caso de García Elorrio sus palabras eran claras y categóricas:

"la revolución no sólo está permitida, sino que es obligatoria para todos los cristianos que vean en ella la manera más eficaz de hacer posible un mayor amor para todos los hombres" (García Elorrio, Juan. 1966, p. 23).

En esta unión de política y fe no sólo influiría la Teología de la Liberación y la ya citada Conferencia de Medellín, sino también documentos más cautelosos y moderados como la encíclica *Popolurum progressio* la cual además de atacar la desigualdad, la codicia y el racismo, admitía como último recurso la violencia contra una tiranía duradera que perjudicase los derechos fundamentales y el bien común.

Los tres fundadores de la organización Montoneros, Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus y Mario Eduardo Firmenich, eran alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires y pertenecían a la Juventud Estudiantil Católica (JEC) rama de la Acción Católica. Cuando García Elorrio crea el efímero Comando Camilo Torres los tres se unen al mismo. A partir de allí:

"(...) el comando, ligado con el peronismo, el socialismo y la lucha armada, era simplemente un trampolín en el camino para crear la organización montonera, que se llevaría a cabo un año después" (Gillespie, Richard. 1988, p. 84).

La publicación de García Elorrio creó el culto al mártir dedicado a los militantes que habían caído en la lucha y que después utilizaría profusamente la organización Montoneros.

El secuestro y muerte de Aramburu a manos de Montoneros va a ser la carta de presentación de la organización. Exhibido el hecho como una muestra de justicia popular, por la responsabilidad del secuestrado en los fusilamientos del '56 y la desaparición del cadáver de Eva Perón, va a instalar a la organización en el centro de las miradas de la opinión pública. En palabras de la misma:

"(...) primera hazaña militar llevada a cabo por una organización revolucionaria que implicaba por sí misma una definición política" (*"Hablan los Montoneros"*. En Cristianismo y Revolución. Nro. 26. Noviembre-diciembre 1970, ps. 11 y 14).

En el caso particular de Montoneros, Beatriz Sarlo señala que la reivindicación máxima de los mismos (la vuelta de Perón) tenía una dimensión escatológica. En la visión de esta organización esta medida implicaba la fusión de dos etapas históricas: la época de la dignidad social (peronismo histórico) y la etapa de la revolución socialista. Está última a ser protagonizada por los Montoneros. En este marco había un proceso de ruptura revolucionaria y también de transferencia de poder hacia la generación joven. De allí que esta situación:

"Repara las injusticias sin volver hacia atrás, lanzando esa reparación hacia un futuro que es vivido como presente. Ningún montonero quiere restaurar el peronismo, sino convertirlo en otra cosa" (Sarlo, Beatriz. 1997, p. 18).

Ahora bien, la visión de Perón era radicalmente distinta a lo que estos jóvenes esperaban. Pues el líder tenía una historia y cosmovisión propia donde la "comunidad organizada" y la "tercera posición" poco tenían que ver con el socialismo tal como lo entendían los jóvenes radicalizados. En todo caso Perón, ya desde principio de la década del '60, había desarrollado un juego pendular: por un lado designaba a un peronista socialcristiano moderado como Matera para conectarse con las otras fuerzas políticas, y simultáneamente apostaba por la candidatura de Framini o tenía como delegado a John William Cooke. Estos últimos peronistas que, para desesperación del ala derecha, entendían al justicialismo como un movimiento afín a la insurgencia revolucionaria que se irradiaba desde Cuba. Pero el líder era cuidadoso respecto a quedar estancado en alguna de estas posiciones. Por esto es que:

"la invitación de su ex delfín John William Cooke para que se trasladase a Cuba fue desechada. Perón podía jugar con la amenaza de la izquierda, pero algo muy distinto era entregarse a ella. Dijese lo que dijese de Castro, de su revolución y del socialismo, Perón no estaba dispuesto a comprometer su libertad de acción. Cooke quería la revolución; Perón, el poder: por eso aquél prefería Cuba y este España" (Amaral Samuel y Plotkin Mariano. 1993, p. 289).

La primera señal a la izquierda que da Perón es la carta del 24 de octubre de 1967 con motivo de la muerte del Che Guevara. Allí luego de elogiar al guerrillero muerto (*"Su muerte me desagarra el alma porque era uno de los nuestros"*) señala que:

"las revoluciones socialistas se tienen que realizar; que cada uno haga la suya, no importa el sello que ella tenga" (Altamirano, Carlos. 2001, p. 434).

Esta táctica del líder de dejar todas las opciones abiertas, a saber: lucha política-sindical por un lado y lucha armada por otra, concepciones ortodoxas de la doctrina justicialista (*"ni yankis, ni marxistas"*) y concepciones revolucionarias o heterodoxas (*"patria socialista"*) ciertamente generaba confusión. En palabras de De Ritz: *"Cada peronista tenía su propio Perón"* (De Ritz, Liliana. 2000, p. 103).

Ernesto Laclau luego de señalar la importancia que tuvieron las cartas enviadas por Perón desde su exilio en Madrid precisa que en esa constelación ideológica llamada peronismo, que iba desde la ultraderecha a la izquierda revolucionaria, cada interlocutor recibía un mensaje del líder de acuerdo a su inclinación:

"Por ejemplo a un grupo maoísta le envía una carta diciendo que Mao es el jefe de Asia, a otro grupo diciendo que Mussolini es inimitable, y así en general". (Laclau, Ernesto. 2002, p. 82).

Es en ese momento histórico donde la figura de Perón, tanto para sus seguidores de izquierda como de derecha, pasa a ser sinónimo de oposición al régimen y búsqueda de una justicia primordial:

“Entonces, ¿qué es lo que empieza a ocurrir durante ese período? El cuerpo de Perón como significante pasa a ser el significante de toda persona que quisiera lanzar una piedra contra el sistema, y a comienzo de 1970 es, decir “Viva Perón” era decir justicia sin ningún aditamento” (Laclau, Ernesto. 2002, p. 83).

Otro ejemplo respecto a la ambigüedad que implicaba este peronismo de finales de los '60 queda claramente ilustrado en una risueña anécdota protagonizada por Joe Baxter (uno de los fundadores del MNRT y posterior militante del ERP) en su encuentro con Perón en Madrid:

“Como parte de su bienvenida, y para hacer sentir bien a su invitado, Perón le comentó a Baxter que conocía perfectamente la trayectoria del grupo al que representaba. Incluso recordó que le había enviado una carta con su fotografía firmada cuando dos de sus miembros habían caído presos. El 17 de octubre de 1962, José Luis Nell y Rubén Rodríguez habían sido detenidos por el robo de varios autos. Perón se había solidarizado con ellos en su condición de luchadores contra el régimen militar.

En su monólogo de recibimiento, Perón se explayó sobre los escritos de la agrupación Tacuara que había leído. Se extendió también en un largo elogio sobre uno en especial, que alababa al Estado fascista italiano de Benito Mussolini. Le comentó a Baxter que en la época del Duce había visitado Italia y que él también había quedado impresionado por la organización del Estado italiano y por los escritos de Mussolini. Baxter no respondió al comentario y la conversación se desvió hacia la política argentina. Cuentan que fue Campos quien, después de la primera visita de Baxter, le dijo a Perón:

Disculpe, General, pero estos muchachos leen más a Mao que al Duce.

Al otro día, Baxter se encontró en el escritorio de Perón algo diferente. Entre las carpetas y papeles había un nuevo retrato: el del líder chino. Baxter no dijo nada sobre el retrato de Mao. Pero cuando volvió a Buenos Aires se cansó de contar la anécdota y casi siempre la terminaba de la misma manera, con una gran carcajada y repitiendo:

Hay que seguir a este hombre, ¿este hombre sabe!” (Landan, Alejandra y Heguy Silvina. *La saga de Baxter. Adelanto del libro: Joe Baxter del nazismo a la extrema izquierda. En Página 12. Buenos Aires. 8 de octubre del 2006. Sección “Sociedad”*).

De todas las tendencias que abarcaban ese inmenso fenómeno del peronismo de fines de los '60 y principio de los '70 puede decirse que:

“Todos ellos, sin embargo, crearon un Perón a su propia imagen y semejanza, y se mostraron más dispuestos a escuchar la retórica que a estudiar historia política.” (Gillespie, Richard. 1988, p. 100).

En efecto había una gran confusión, pero ésta era deliberadamente buscada por Perón como forma de desconcertar al adversario y poder golpear de distintos ángulos.

De esta ambigüedad también supieron sacar provechos los Montoneros:

“(…) su pragmatismo era a menudo su fuerza” (Gillespie, Richard. 1988, p. 99).

Ahora bien: lo que sin lugar a dudas formaba parte del credo de peronismo revolucionario era la idea de que la principal contradicción que enfrentaba la Argentina era la lucha del pueblo contra la oligarquía y el imperialismo. Así *Cristianismo y Revolución* declaraba que ellos eran parte de la síntesis final de un proceso histórico de 160 años en donde había claramente dos bandos políticos: por un lado, la oligarquía liberal claramente antinacional; por el otro, el pueblo identificado con los intereses de la nación contra los ataques imperialistas.

Este esquema dicotómico era muy sencillo y facilitaba la inserción popular de la organización, pero su ambigüedad no tardaría en revelar sus falencias.

Bajo este análisis, dentro del propio movimiento peronista se advertían dos tendencias: una burocrática (y traidora), y otra revolucionaria que se distinguía de la primera por su voluntad de lucha. En este marco, Montoneros aspiraba a convertirse en el brazo armado del pueblo, en la vanguardia político-militar de una base popular lo más amplia posible.

Si bien escapa al marco temporal del presente trabajo, puede citarse como el documento programático más elaborado el titulado “*Construir el Poder Popular*” firmado por Montoneros y FAR en julio de 1973 donde entre otras cosas se hablaba de una alianza de clases para hacer frente al imperialismo y se proponía: “*luchar contra todos los monopolios y formas de dependencia*”, redistribuir la riqueza, y socializar la economía. Aún así eran más objetivos que propuestas concretas, y adolecían de un grave inconveniente para su puesta en práctica: partían del supuesto de la conversión de Perón al “socialismo nacional” y la aceptación de los otros sectores del movimiento de una jefatura radical del mismo.

Hasta el año 1973 no hubo ninguna crítica expresa hacia las operaciones armadas de Montoneros por parte de Perón. Y de hecho la sustitución como enviado personal de Paladino en favor de Cámpora (noviembre 1971) pareció que reafirmaba la vía revolucionaria para la toma del poder, en detrimento de los acuerdos políticos con los militares para una salida electoral concertada.

El aparente poder de la “*Tendencia*” residía en su capacidad de movilización. Según las crónicas de la época para los años 1973-1974 estaba en condiciones de movilizar por sí sola hasta 150.000 personas, y en plazos exigüos como el de 48 horas (un ejemplo fue la marcha del 31 de agosto de 1973 para respaldar la candidatura de Perón). Pero estas multitudes no podían equipararse lisa y llanamente al apoyo irrestricto a un proyecto político revolucionario. Como señalara Gillespie la movilización no se basaba:

“(...) en una alternativa socialista definida con claridad o en una teoría que guiase a los movilizados a lo largo del camino que, surgiendo de la sociedad ya existente debía llevarlos a otra que los Montoneros querían construir en el futuro (...) La adhesión a las organizaciones pro-montoneras expresaba a menudo el genuino deseo de un cambio, pero un cambio que parecía confuso y desarticulado” (Gillespie Richard. 1988, ps. 173 y 174).

La oposición del pueblo a la dictadura, no implicaba que adhiriera a una concepción revolucionaria de la política.

En el mismo sentido Liliana de Riz señala las lagunas programáticas de las organizaciones revolucionarias de la época:

“A grandes trazos puede afirmarse que los fundadores de las “formaciones especiales”, brazo armado de la juventud peronista, tenían muy claro a qué se oponían, pero no lo que defendían. Su objetivo era anular toda manifestación política de colaboración, todo intento de solución política para la crisis militar en pos del retorno de Perón. Su utopía era una visión del pasado, no del futuro. La influencia de la Revolución Cubana como estrategia de conquista del poder se compaginaba con la valoración de proyectos tan disímiles como los de Castro en Cuba, Allende en Chile, Velasco Alvarado en Perú y Torrijos en Panamá. Ninguno de los grupos guerrilleros pudo traducir sus preferencias por el futuro de la Argentina en un programa político, ya sea por la percepción de que Perón era la solución, ya sea porque la lucha armada misma era concebida como el proceso revolucionario y la violencia una parte integral de la solución” (De Riz, Liliana. 2000, p. 77).

Por cierto, esta vaguedad programática no sólo era patrimonio de la izquierda. También los voceros del golpe del '66 hablaban de un impreciso “*cambio de estructuras*” que no podía hacerse por la vía electoral, sino a través de un general como Onganía:

“Los años '60 fueron tiempos de una conciencia generalizada del atraso económico como destino al que sólo podía oponérsele una “revolución”, entendida como ruptura con las formas tradicionales de gestión de la democracia política. Este diagnóstico, compartido por la derecha e izquierda del espectro político, tuvo un amplio eco en una sociedad que había visto frustrarse las expectativas de la nueva Argentina prometida por el doctor Frondizi a fines de los años '50” (De Riz, Liliana. 2000, p. 22).

Desde el campo de la derecha y el golpismo, va a ser un protagonista de primer orden como el general Lanusse quien en sus memorias políticas señalara que en esa época la mezcla de nacionalismo, tradicionalismo feudal, fascismo, industrialismo, convocatorias a las fuerzas armadas para salvar la patria, apología de la violencia política, guerrillerismo y doctrinas de contra insurgencia, “*no parecían*

tan alucinantes como las podemos ver ahora" (Lanusse, Alejandro. Confesiones de un General. Planeta .Buenos Aires. 1994. Pág. 258. Reproducido por De Riz, Liliana. 2000, p. 78).

El otro déficit importante de Montoneros era la falta de una organización democrática interna, tomándose las decisiones de arriba hacia abajo.

En vistas de la ruptura que se daría entre el líder y los montoneros cabe la pregunta de hasta que punto no hubo elementos recíprocos de manipulación y engaño. En todo caso puede decirse que la intención de usar al otro fue recíproca:

"¿Engaño Perón a los Montoneros? ¿Usó Perón a los Montoneros? No más que los Montoneros a Perón. Los católicos Montoneros descendían del entrismo trotskista practicado tras la caída de Perón. Si el sueño de muchos militares era reproducir la alianza original peronista, el sueño de muchos revolucionarios, trotskistas o católicos, era entrar en la masa no ya por la razón como querían los viejos socialistas sino por sus sentimientos como lo logro Perón. Si para el proyecto político de Perón los Montoneros eran usables, pero terminaron siendo una molestia, para el proyecto político de los Montoneros Perón era igualmente usable y también terminó siendo una molestia" (Amaral, Samuel y Plotkin, Mariano.1994, p. 304).

Cuando Perón vuelve definitivamente al país, 24 hs. después de la "masacre de Ezeiza," claramente da una advertencia a los sectores de izquierda del movimiento acerca de sus errores de enfoque, y sus pretensiones de transferencia generacional del poder:

"Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes (...) no hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina. Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan" (Reproducido por De Riz, Liliana. 2000, pág. 137).

Esa advertencia se tornó en hechos concretos cuando en 1973 Perón destituyó a Galimberti en su cargo de delegado de la Juventud después de haber solicitado éste la formación de una "milicia popular" para defender al justicialismo.

Tal vez podría decirse que en el peronismo revolucionario, más importante que el culto a Perón era el que se desarrollaba hacia Eva Duarte. De allí que algunos autores hablen del "evitismo" de la izquierda peronista. Sin lugar a dudas la imagen que Eva Perón proyectara en su corta vida, era mucho más coherente con la concepción anti-oligárquica de la "Tendencia". Esto y sus advertencias sobre los traidores que anidaban dentro del movimiento la hacían históricamente más reivindicable que el propio Perón. Pero nuevamente algunos hechos históricos revelaban un costado menos favorable desde un punto de vista izquierdista o socialista:

"Y si bien se erigió en revolucionaria, en estandarte del proletariado, no le repugno visitar la España fascista, recibir de Franco la Gran Cruz de Isabel la Católica e intercambiar saludos falangistas en las multitudinarias recepciones que se le dieron durante su Gira Arcos Iris de 1947" (Gillespie, Richard. 1988, p. 102).

Puede decirse que las "formaciones especiales" fueron una de las cartas de Perón para debilitar al régimen militar, pero no la única. Así es que para un autor como Amaral el fin de la dictadura no fue producto de la amenaza marxista o de la lucha de clases, sino de los acuerdos políticos que el líder exiliado elaborara con otras fuerzas tales como la UCR en el marco de "la Hora del Pueblo". (Conforme Amaral, Samuel y Plotkin, Mariano. 1993, ps. 306 a 308).

V. Conclusiones

"Las reglas están para cambiarlas, pero antes hay que encontrar reglas mejores" (Refrán popular)

Uno de los principales temas en los cuales giró el debate histórico en los últimos años, estuvo dado por el tema de la justificación (o no) de la violencia revolucionaria. En especial de la lucha armada. Así desde quienes entienden como única salida (en esa época) a la lucha armada, hasta quienes hacen

una condena absoluta a la misma (el “*no mataras*” de Oscar del Barco) hay una amplia variedad de posturas intermedias.

En este trabajo se prefiere no profundizar sobre este aspecto sobre el cual mucho se ha escrito. En lugar de eso, y si aceptáramos como verdad hipotética o de laboratorio la justificación de la lucha armada dada las condiciones del momento (dictaduras militares, democracia con proscripciones, oleada juvenil mundial a favor de revoluciones al estilo cubano, etc.) sería interesante analizar un costado poco explorado: ¿para qué luchaban? Cuando hablamos del para que, no nos referimos contra que luchaban o qué rechazaban del orden político contra el cual se rebelaban. Sino que lo que se indaga en esta parte es: ¿qué clase de sociedad le esperaba a la Argentina, si hubieran podido plasmar su ideal las organizaciones armadas? ¿Cuál era su programa concreto de gobierno, o más importante aún su modelo político de base? O cómo dirían los clásicos de la ciencia política: no la faz agonal, sino la arquitectónica de su política.

Una respuesta apresurada podría ser: “*el socialismo*”.

Ahora bien; era radicalmente distinta la forma en que este concepto era entendido en esa época por los gobiernos y fuerzas políticas gobernantes en, por ejemplo, Suecia, Chile y Cuba (aunque los dirigentes de estos dos últimos países mantuvieran cordiales relaciones). Si por socialismo se entiende el modelo instaurado a partir del régimen leninista en la Unión Soviética y copiado por muchos países del Tercer Mundo, consistente en partido único o *Frente de Liberación* que actuara como tal (excluyendo incluso a fuerzas partidarias que se declarasen socialistas pero que no quisiesen formar parte del gobierno), liderazgos vitalicios, propiedad por parte del estado de los medios de producción con la consecuente formación de una dirigencia que es unilateralmente designada por el gobierno -*nomenklatura*- (y no la autogestión directa por parte de los trabajadores), desaparición de todo medio de prensa independiente (aún cuando declarara lealtad a los principios socialistas), cierre de fronteras, aparición de policías políticas, etc., pues bien en ese caso cabría preguntarse cual es el grado de “*liberación*” realmente obtenido por el pueblo y la clase trabajadora. En realidad este “*socialismo*” se ajustaría más a un totalitarismo de izquierda o capitalismo de estado.

La historia de la formación de la URSS es ilustrativa respecto a mecanismos de represión dirigidos no sólo contra la reacción y los sectores reformistas, sino también contra otras organizaciones revolucionarias que no aceptaban el unicato político (1).

Al respecto es útil recordar que la Nueva Izquierda claramente señaló los crímenes de esa entidad imperial llamada los Estados Unidos de América (Vietnam, invasiones en Centroamérica, orquestación de golpes de estado, etc.) pero prácticamente no hubo en ese tiempo denuncias de fondo respecto a la falta de libertad en los países detrás de la cortina de hierro, ni tampoco contra el expansionismo soviético. Los *gulags*, el Muro de Berlín, la invasión a Hungría en 1956 (para sofocar una rebelión paradójicamente liderada por grupos de *izquierda autonomistas*), o la ocupación de Checoslovaquia en el ‘68 después de la “*Primavera de Praga*” en la cual dirigentes del PC local pretendieron construir un “*socialismo con rostro humano*” (invasión justificada por el “líder antiimperialista” Fidel Castro, en ese entonces dependiente de la asistencia soviética (2) son ejemplos de situaciones que prácticamente no tuvieron denuncia alguna. Las muchas veces alegadas críticas del Che Guevara a la URSS, en

(1) La rebelión de Kronstadt de 1921 es un buen ejemplo. Ver Volin *La Revolución Desconocida*. Buenos Aires. Editorial Proyección. 1977.

(2) Del discurso de Fidel Castro a los mandos del partido y el gobierno respecto a la situación checoslovaca: “...sólo el desarrollo de la conciencia política de nuestro pueblo puede permitir la capacidad de analizar cuándo [la ocupación] se puede presentar como una necesidad y cuándo ello, incluso, es necesario admitirlo aun cuando viole derechos como son el derecho de la soberanía que en este caso, a nuestro juicio, tiene que ceder ante el interés más importante de los derechos del movimiento revolucionario mundial y de la lucha de los pueblos contra el imperialismo que a nuestro juicio es la cuestión fundamental...” (Revista Bohemia. La Habana. Número 35. Agosto 1968. Sin número de página. Puede verse in vivo a Castro haciendo consideraciones justificatorias similares en el film *Le fond de l'air est rouge* (1977) de Chris Marker. Producción esta con mucha información de archivo respecto a la “Nueva Izquierda” tanto en Europa como en América Latina. Véase <http://www.imdb.com/title/tt0076042/>

parte plasmadas en los “*Cuadernos de Praga*”, fueron a aspectos secundarios de la política económica y exterior de los soviéticos (su presunta vuelta al capitalismo, su falta de compromiso efectivo con los movimientos revolucionarios, sus negociaciones con EE.UU por Cuba sin consultar a Castro, la política de exportación a los países socialistas bajo los precios fijados por el mercado capitalista mundial, entre otras) pero nunca aludieron a la falta de libertades básicas y pluralismo en la esfera socialista.

En el campo del peronismo revolucionario o “izquierda nacional” tenemos un buen ejemplo con esta cita:

“La lucha de las masas contra sus enemigos internos y externos – decía Hernández Arregui- sólo puede resolverse mediante el establecimientos de regímenes autoritarios; y desde la izquierda se recomendaba no cuestionar sin más todas las dictaduras, porque eso sería permanecer sólo en el terreno de la forma, sin atender a lo realmente definitorio que es el contenido social que sostiene a los diferentes regímenes.” (Citado por Terán, Oscar. 1991, p. 138. Las consideraciones de Hernández Arregui proceden de La formación de la conciencia nacional).

Yendo a los particularismos propios de nuestra historia, la idea de edificar un socialismo “nacional” bajo el paraguas del movimiento peronista es altamente cuestionable. No se pretende aquí caer en el anacronismo de juzgar la situación en base a lo que hoy conocemos de la historia (por ejemplo burlarnos del peronismo revolucionario por el hecho del ascenso al poder de López Rega) pues en esos tiempos era absolutamente imposible prever un derrotero de esa naturaleza. Ahora bien: lo que sí se conocía durante el período 1969-1973 es que Perón estaba exiliado en un país que padecía una dictadura de origen fascista (el régimen de Franco). También eran notorios los vínculos que Perón había tenido con dictadores reaccionarios latinoamericanos tales como Alfredo Stroessner del Paraguay, Marcos Pérez Jiménez de Venezuela, y Rafael Trujillo de la República Dominicana. Lo mismo que las facilidades que criminales de guerra nazi habían tenido para entrar al país (y no nos referimos a los técnicos que trabajaron en la industria o las fuerzas armadas, sino a personajes siniestros vinculados directamente con el aparato de exterminio nacionalsocialista).

Esto era público y notorio, de allí que un examen mínimo de la historia argentina alcanzaba para descubrir que si bien Perón no había sido el dictador fascista que los sectores del antiperonismo de línea dura (“*gorilas*”) querían hacer creer, tampoco podía dársele tan fácilmente la etiqueta de “*socialista*” en tanto no hubiera una autocrítica expresa al respecto (que por cierto jamás la hizo).

Adjudicar la condición de “*socialista*” al peronismo a partir de su indudable carácter pro-obrero y popular es cuanto menos una operación intelectual arriesgada, y sin mucho fundamento si se analiza la historia integralmente.

Así es que:

“Las masas peronistas y no peronistas de los años 60-70 no estaban en condiciones subjetivas de abrazar la revolución firmemente, como lo necesita un proceso revolucionario. No hubo ningún quiebre en la relación entre la teoría revolucionaria y las masas porque esa relación nunca existió en serio. Y esto no se podía remediar rotulándose como peronista y tratando de convencer a los peronistas de toda la vida, desde adentro del movimiento, de que peronismo era sinónimo de revolución social.

Cuando la violencia de ultraderecha proveniente, dicho sea de paso, de sectores del peronismo y tolerada por el mismo Perón, se empezó a hacer sentir, las masas no sólo le dieron la espalda a los grupos guerrilleros. También se la dieron a todos los integrantes de las organizaciones de masas peronistas de izquierda como la JP y la JTP e incluso a grupos peronistas de izquierda no relacionados con montoneros como el peronismo de base” (Ciafardini, Mariano. 2001, p. 10).

En todo caso, y siguiendo con la historia nacional, el enfrentamiento peronismo vs. antiperonismo es una fase más de una constante en la historia argentina; la lucha entre dos cosmovisiones y concepciones de la política y de la historia a saber: la “*liberal*” contra la “*nacional y popular*”. Los primeros son acusados por los segundos de pretender imponer por la fuerza esquemas ideológicos foráneos sin reparar en lo más mínimo en las condiciones locales y los deseos de las mayorías, encaramando -bajo el ropaje de sistemas “*republicanos*” y “*liberales*”- a oligarquías coaligadas con poderes extran-

jeros. Los segundos son acusados por los primeros del sistemático desprecio hacia ciertas nociones propias de todos los sistemas democráticos-republicanos tales como el respeto a las libertades individuales, los controles republicanos, el entender a los rivales como adversarios y no como enemigos, la tolerancia y la libertad de prensa, etc.

Lamentablemente... ambos han tenido la razón. Basta recordar durante el peronismo histórico (1946-1955), la suerte de los políticos opositores (como Balbín), dirigentes sindicales independientes (como Cipriano Reyes) o periódicos críticos al gobierno para entender que se estaba bajo un gobierno con amplia base popular, elegido en comicios limpios, pero con prácticas extremadamente autoritarias. La respuesta “liberal” (o “Libertadora”) a ese régimen, una vez destituido, fue la proscripción total del partido derrocado (mayoritario en la sociedad), y el fusilamiento sin juicio – y a veces clandestino de sus militantes cuando pretendieron restablecer al régimen depuesto por medio de una rebelión cívico-militar.

No corresponde en este trabajo desarrollar el análisis profundo de este conflicto histórico, pero si pudiéramos resumir él mismo podríamos decir que *ha habido en nuestras diversas elites políticas una falta de conciencia nacional entre los “liberales”, y una falta de conciencia liberal entre los “nacionales”.*

Se puede decir que la Argentina es un país politizado, pero sin una cultura de convivencia política.

Saliendo de los particularismos nacionales y yendo a un análisis más global: no se está afirmando aquí que la democracia tal cual esta conformada en Occidente es “*el fin de la historia*” tras la cual nada más allá se puede pedir. Más aún, lo que se conocía como “democracia” en la Argentina de los ’60 y ’70 tenía gravísimos déficits que no constituían un estímulo para la identificación de los jóvenes. Ahora bien: cualquier política de cambio radical debe ir de la mano de una efectiva profundización tanto de los derechos sociales, como de las libertades individuales. La cuestión, hoy como ayer, es “*no cambiar de collar, sino dejar de ser perro*”.

Quien lo expresó con claridad, y en la época en la cual esto sucedía por lo que no cabe la acusación de “anacronismo”, fue Abraham Guillen. Este último tenía formación ácrata y había combatido en la guerra civil española. Luego de la misma consigue fugarse, y llega a la Argentina donde haría amistad con John William Cooke. El sería uno de los primeros teóricos en influir en la guerrilla argentina (en la formación de los Uturuncos), al igual que en los Tupamaros uruguayos. Respecto a estos últimos hace un análisis que le cabe a las organizaciones guerrilleras argentinas:

“Mi punto de vista es que no se hacen dos guerras con la misma estrategia ni dos revoluciones con la misma política. La revolución hay que inventarla y reinventarla, sin limitarse a desalojar del Poder a una minoría dominante, para establecer una dictadura de tipo stalinista. Si un pueblo se ve constreñido entre una dictadura que puede caer y otra que se puede levantar en lugar de ella, cae así en la indiferencia política, pues el pueblo prefiere el socialismo y la libertad y no la dictadura de las burocracias o de las burguesías. Al no descubrir las leyes específicas de la guerra revolucionaria en el Uruguay y ofrecer un programa de socialismo autogestionario, creo que los “tupamaros”, por ser fieles al modelo castrista, fueron derrotados, en términos políticos. El marxismo-leninismo, de tipo castrista o soviético, no creo que arrastre a las masas hacia una Revolución de tipo cubano, ni en América Latina ni en ninguna otra parte.

Fui el inspirador táctico y estratégico de los “tupamaros”, pero mi origen libertario me separaba políticamente de ellos, fervientes castristas, aunque alguno era también libertario. Al no compartir mi propuesta de socialismo autogestionario, apropiada para un país que le sobra espacio y le falta población, se fueron alejando políticamente de mí y acercándose a Fidel Castro. Ellos creyeron que yo era un romántico por no ser partidario del socialismo estatal, (y si(3)) de la democracia directa, de la propiedad social, del federalismo económico y administrativo. Su castrismo y guevarismo condujo a los “tupamaros” a un dogmatismo político de tipo marxista-leninista, lo cual les procuró población estudiantil; pero no población adulta, urbana y rural, en cantidad y calidad para volcar el país en su favor. Y si una

(3) Se agrega el “y si”, partiendo de la base que hubo una omisión en la transcripción de la entrevista, pues del sentido de la nota y de la ideología libertaria de Guillen, se entiende que justamente quiso decir eso para diferenciarse del modelo socialista soviético tradicional.

guerrilla, cualquiera que sea y en cualquier país que actúe, no gana población con sus acciones, tendrá, en el mejor de los casos, victorias tácticas, pero finalmente una derrota estratégica y política (4).

(...) Si Fidel hubiera dicho al comenzar la guerra de guerrillas en Sierra Maestra que era marxista-leninista, en vez de hablar de libertad, de democracia, de lucha contra la corrupción batistiana, hubiera sido aislado y derrotado como tantos otros guerrilleros, sin programa político compartido por la casi totalidad de una nación. (...) La mayor parte de los movimientos guerrilleros de América Latina han sido derrotados por imitar al Fidel marxista-leninista y no al Fidel guerrillero que tuvo como programa la democracia, la lucha contra la dictadura y la corrupción.” (Guillen Abraham. 1978. Copia sin número de página).

La ausencia de un programa integrador que pretendiera una democracia socialista, y no la recreación de los modelos autoritarios que se estaban desarrollando bajo el rótulo *socialismo* tanto en Europa del Este como en el Tercer Mundo, fue una de las principales falencias de las organizaciones de la “Nueva Izquierda”, y en especial de las organizaciones armadas. No se trataba sólo de criticar a “la burocracia soviética” si luego se iba a apoyar a otros estados tan o más implacables en su autoritarismo, pero aparentemente más comprometidos con la idea de la “*revolución mundial*” (tales como la China de Mao o la Corea de Kim Il Sung).

Quien reflejara claramente esta situación es un autor argentino, de inclinación socialista libertaria:

“El drama de los revolucionarios que han conquistado el Poder y que para mantenerse en él no pueden prescindir del aparato burocrático centralizado, ni del militar imponente, ni del policial implacable, consiste en que a medida que el tiempo transcurre se hace más tajante el divorcio entre la Sociedad y el Estado, pues se cristalizan los aparatos provisorios de dominio con destino de perennidad .Lo que equivale a decir que más está en auge el estatismo que el socialismo (...) Todos los movimientos nacionalistas del tercer mundo africano, asiático y sudamericano, son liberticidas; todos, mutatis mutandis, siguen el modelo de la democracias populares donde se han tomado muy en serio aquella irónica frase de Lenin: “la libertad es un prejuicio de pequeños burgueses” (Di Filippo, Luis. 1976, p.s. 15 y 25).

En la misma obra hay un párrafo destinado a aquellas concepciones de “*socialismo nacional*” a implementar desde los cuarteles tan boga en la década del ’70, que es cuando se escribiera ese artículo, pero que hoy fácilmente podría aplicarse a quienes sueñan con un “*socialismo del siglo XXI*” con un líder vitalicio, estatizaciones (en lugar de procesos autogestionarios), y estética y coreografía militar:

“El descrédito de la doctrina socialista, sea ésta autoritaria o libertaria, no puede ser mayor si se piensa que no hay régimen militar sudamericano, más o menos nasserista ideológicamente, que no se cubra con el nombre del socialismo; si faltaba una variante pintoresca del socialismo de Estado, ya lo tenemos: socialismo militar o militarismo socialista” (Di Filippo. 1976, p. 25).

Un detalle interesante respecto a la evolución de aquellos países que fueron “faro” de la revolución mundial en los ’60 y principios de los ’70. Gran parte de ellos se tornarían modelos “exitosos” de regímenes de tipo capitalista en la economía, manteniendo las características políticas del socialismo de estado. China y Vietnam son un buen ejemplo. Sistemas híbridos con lo peor de los dos mundos: falta de libertad individual (tal como se entiende en Occidente) pero también el abandono del ideal igualitario que animaba al proyecto socialista, y la adopción de un capitalismo salvaje sin sindicatos independientes y menos aún derecho a huelga.

En relación a este giro hacia el capitalismo no se acusa a la generación del ’68 y del Córdoba pues ellos no lo pudieron haber previsto. Pero sí es necesario, cuando se analizan los hechos históricos, tener en cuenta los resultados. Una primera lección que nos dejan los mismos es: donde hay autoritarismo, hay explotación. Ya sea bajo la forma de un capitalismo de estado, o de un régimen híbrido.

(4) Compárese estas pasadas posturas, con la reciente declaración del presidente electo José Mujica (quien proviene de esa organización): “En Economía haré una maniobra de entrada lo más a la derecha que pueda, tipo Lula cuando llegó. Se trata de no asustar a los buenos burgueses que están por ahí, esas señales son clave, sino, corrí el riesgo de desestabilizar todo de entrada.” Brecha (publicación uruguaya). Edición 1227. 29 de mayo del 2009. Sin número de página.

Esto que llamamos “democracia” muchas veces es simplemente el régimen del dinero. O lo que Aristóteles llamaría una oligarquía de tipo plutocrático. Pero el “socialismo realmente existente” ha sido pura y simplemente el régimen *del* partido. Creándose así un sistema de tipo estamental donde la oposición no se establece entre clases, sino entre poderosos (los jefes de “*él* partido”) y los no poderosos (el pueblo) (5).

Así como no cabe la demonización de la generación del '68 o del Córdoba, tampoco es útil caer en el otro extremo. En todo caso, para aquellos que buscan cambios radicales en el orden político, se trata de aprender de los errores del pasado.

Para eso debiera servir la historia.

VI. Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos. Bajo el signo de las masas. (1943-1973) Ariel editores. Buenos Aires. 2001.
- AMARAL Samuel y PLOTKIN Mariano. Perón del exilio al poder. Editorial Cántaro. Buenos Aires. 1993.
- BRENNAN, James. El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba (1955-1976). Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1994.
- CIAFARDINI, Mariano. Masas y teoría revolucionaria. Publicado en el diario “Página 12”. Buenos Aires. 2001, p. 10.
- DEBRAY, Regis. Alabado sean nuestros señores. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1999.
- DE RIZ, Liliana. La Política en Suspense. Paidós. Buenos Aires. 2000
- DI FILIPPO, Luis. El fetichismo del poder. Editorial Reconstruir. Buenos Aires. 1976.
- GARCIA ELORRIO, Juan. Cristianismo y Revolución. n° 1. Buenos Aires. Septiembre 1966.
- GILLESPIE Richard. Soldados de Perón. Grijalbo. Buenos Aires. 1988.
- GUILLEN, Abraham. Entrevista a Abraham Guillen. Gran Teórico de la guerrilla. Revista Bicicleta. Barcelona. 1978. Año 1 Nro. 1. 9 de octubre de 1978.
- HERNANDEZ ARREGUI. Juan José. Que es el ser nacional. Plus Ultra .Buenos Aires. 1973.
- LACLAU, Ernesto. Hegemonía y antagonismo: El imposible fin de lo político: conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997. Editorial Cuarto Propio. Santiago. Chile. 2002.
- LANDAN, Alejandra y Heguy Silvina. Joe Baxter del nazismo a la extrema izquierda. Editorial Norma. Buenos Aires. 2006.
- PORTANTIERO, Juan Carlos. “Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)” (en: W. Ansaldo y J. L. Moreno (compiladores.), Estado y Sociedad en el pensamiento nacional. Antología conceptual para el análisis comparado, Buenos Aires, Cántaro, 1996, p. 341.
- SARLO, Beatriz. “Cuando la política era joven. Eva Perón, años setenta, democracia, populismo” Revista “Punto de Vista” n° 58. Buenos Aires. Agosto de 1997.
- SARLO, Beatriz. Tríptico revolucionario. Diario “La Nación”. Suplemento Cultura. 12 de abril 1998.
- TERAN, Oscar. Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina. 1956-1966. Buenos Aires. Punto Sur Editores. 1991.
- VIÑAS, Ismael. Política y clases sociales en la Argentina actual. Revista Pasado y presente. Nro1. Buenos Aires. 1963. ◆

(5) Conforme Debray, Regis. Alabado sean nuestros señores. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1999.